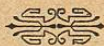


tros deseos; cuando nuestro corazón está triste sin Jesús, se siente desdichado cuando no está con Jesús y dichoso con sólo pensar en Él, entonces permanece en el amor de Jesús.

Lo esencial entonces es conversar con Jesús sirviéndonos de todas las cosas que forman nuestra vida, mostrarle habitualmente nuestro amor y tener los ojos constantemente fijos en Él.

Finalmente, la facilidad de recogernos, la paz y suavidad de que gustamos en el recogimiento, son prueba divina de que realmente lo poseemos y de que permanecemos en el amor de Jesús: *Manete in dilectione mea.*

¡Plegue á Dios Nuestro Señor concedernos este amor, que será nuestra santidad y nuestra dicha en esta vida y en la otra!



EL ROCIO DE LA GRACIA

*Ego quasi ros, Israel
germinabit sicut litium
et erumpet radix ejus ut
Libani.*

Seré como rocío bienhechor: Israel florecerá como el lirio y sus raíces se extenderán como las del cedro del Libano.

(OSEAS, XIV, 6.)

Es nuestra alma un jardín, un paraíso de Dios, en el cual debemos cultivar la divina semilla sembrada en nosotros por la Comunión, que es Jesucristo, que germinará y producirá flores de santidad. Es condición esencial del cultivo de las flores en la naturaleza, conservarlas frescas y mantener húmedas sus raíces. Si la raíz se seca, la planta perece. La humedad trae la fecundidad. El sol hace que se abran las flores; su calor sólo las secaría, pero con la humedad fecundiza la tierra y la hace producir. Esto mismo es lo que vosotros habéis de hacer para cultivar la flor de vuestra santidad, que es Jesús en vosotros: conservar la humedad y la frescura de la raíz, vivir de la

vida interior. La naturaleza da á la tierra el rocío y la lluvia. Así la gracia de Dios es el rocío del alma, y cuando el alma lo recibe en abundancia es lluvia que la inunda y la fertiliza.

El cultivo de vuestra alma consiste, pues, en la vida de recogimiento.

Es indudable que la vida exterior, aun la vida santa y consagrada á obras de celo, nos hace perder algo de nuestro recogimiento, y que si no recobramos lo que hemos perdido, acabamos por perder toda la gracia y la vida sobrenatural.

A primera vista parece lo contrario; pues siendo meritoria la virtud, la práctica exterior de ella parece que debería procurarnos cada vez mayores gracias. Esto es cierto: la virtud tiende de suyo á atraernos mayores gracias; pero como el fondo de la vida interior que poseemos es escaso, pronto se agota con el ejercicio. Los hechos me dan la razón. Preguntad á los misioneros si la vida de celo los hace hombres interiores, y todos os responderán que no.

Según refiere el Evangelio, una mujer se acercó, sin ser notada, al Salvador y tocó sus vestiduras. Al punto quedó sana de la enfermedad que padecía, pero Jesús le dijo: «Una virtud ha salido de mí; yo la he sentido.» Jesús no perdió por esto aquella virtud, ni se disminuyó el océano de su divino poder: el sol lanza sus rayos y difunde su calor sin agotarse: así Dios nos otorga sus dones sin empobrecerse. Pero no nos sucede así á nosotros: cuando damos al prójimo algo de lo nuestro en las obras de celo, disminuimos el fondo que poseemos de vida sobrenatural. Esto, repetimos, no procede de la naturaleza de la virtud; pero nuestro degradado y mísero

estado, nuestra tendencia á descender siempre, hacen que jamás ejercitemos exteriormente la virtud sin perder algo de nuestras fuerzas interiores, y sin que dejemos de sentir la necesidad de volver luego al reposo á rehacer nuestras fuerzas.

Y no me refiero sólo á las obras brillantes ó trabajosas, como son la predicación, la confesión, el estudio, la dirección de las obras de caridad; no: las obras sencillas de cada día, á las cuales nos ligan nuestras obligaciones ó la obediencia, gastan nuestra vida interior, y si no renovamos nuestra intención, acabarán por perdernos: llegaremos á convertirnos en máquinas, menos perfectas que las máquinas de vapor, las cuales dan con regularidad y constancia la fuerza de que son capaces, mientras que nosotros cada vez iremos á menos. ¡Llegaremos á ser una máquina monstruosa, pues al mundo lo llevamos en nosotros mismos, y, por apartada que sea nuestra vida, por alguna parte se desliza en nuestros corazones! ¡Es tan fácil que el amor propio éntre allí donde sólo debiera reinar el amor de Dios!

Esto que digo de las obras exteriores y manuales es aplicable al estudio. Aun el estudio cuyo objeto es Dios, el estudio de la Sagrada Escritura y de la Teología, que es la reina de las ciencias, os inflará y secará vuestro corazón, si no practicáis la vida interior. Vuestro entendimiento dominará á vuestro corazón y lo agostará si no le regáis cuidadosamente, renovando la intención, con aspiraciones y transportes de amor á Dios. La ciencia ayuda á la piedad, pero la piedad santifica á la ciencia.

Mas ¿no sucederá lo contrario cuando ejecutáis obras de celo que requieren gran solícitud, como la

predicación, la confesión, la dirección de obras de caridad? No: en tales obras gastáis más fuerzas, y por lo mismo es mayor vuestra necesidad de repararlas. «El agua del bautismo—dice San Crisóstomo—que en tan alto grado purifica al hombre, sale muy sucia de la piscina después que hemos sido sumergidos en ella.» Y yo os digo: ¿Habréis de perderos vosotros por salvar á los demás? ¡Oh desdicha!

Cuanto más subís en dignidad, tanto más perdéis en vida interior, más fuerzas divinas perdéis, porque todos las toman de vosotros. Por eso tenéis necesidad de orar más. Los Santos trabajaban durante el día y hacían oración durante la noche. El soldado victorioso necesita entrar en su campamento para descansar; si no descansa, el estandarte de la victoria será su sudario. Cuanto más trabajéis, mayor necesidad tendréis de retiro.

El mundo se engaña en esto de un modo extraño. Mirad, dice, qué hermosa vida la de esta persona; ni de un momento puede disponer para sí propia: toda su vida se consume en servicio del prójimo. Todo esto es muy bueno; pero si lo examino con detención, veo en medio de sus buenas obras algunos defectos que hacen sospechoso su ardiente celo: páreceme que las hojas de este hermoso árbol empiezan á agostarse antes de tiempo: debe haber en él algún vicio interno: poco á poco le veréis perecer, porque le falta la verdadera savia, la vida interior. Es necesario estar interiormente tan unido con Dios, cuanto estamos exteriormente unidos á las obras de celo que practicamos. El demonio sabe utilizar en nuestro daño la ignorancia de este principio ó la falta de atención á esta regla. Cuando ve algún alma generosa y que está poseída de

celo, la empuja, la absorbe, le impide que se mire á sí misma, le ofrece mil ocasiones de consumir sus fuerzas hasta quedarse del todo agotada, y mina la plaza y se apodera de esa alma enteramente consagrada á atender á las miserias de los demás.

¡Cuán pronto se seca la planta bajo la acción del sol ardiente cuando las raíces no profundizan en la tierra húmeda!

Acaso diréis: «Es necesario trabajar: la mies es abundante; las obras de Dios nos están llamando por doquiera.» Esto es cosa cierta; pero no por eso dejáis de buscar tiempo de comer y de dormir para no perder el juicio. Sí: hay mucho peligro en entregarse con exceso á las obras buenas exteriores, á menos que, como el Profeta, no tengamos nuestras almas siempre en la mano, para ver si permanecemos siempre en la ley, si caminamos siempre por el verdadero camino. ¡Es tan fácil y á veces tan seductor el dejarse llevar hacia la derecha ó hacia la izquierda! Las avanzadas en los ejércitos prestan muy buenos servicios, pero no son ellas las que alcanzan la victoria. Así, pues, no corráis siempre los primeros, sino replegaos frecuentemente dentro de vosotros mismos para pedir fuerzas á Dios y meditar sobre el modo mejor de servir de ellas. He aquí la regla que debéis seguir. ¿Domináis vuestra posición, en vez de ser dominados por ella? Si os domina, estáis perdidos. ¿Qué será de la nave cuando, á pesar de la habilidad del piloto, las olas embravecidas le arrebatan el timón? Vuestro timón es el recogimiento: el recogimiento es quien os dirige y os mueve: conservadlo, pues, á toda costa, pues sin él os perderéis.

Y no se diga: ¡Qué alma tan santa, que celosa es! Si es interior y recogida, todo lo podéis esperar de

ella; si no lo es, no hará ninguna obra santa ni grande en la presencia de Dios. Dominad, pues, vuestra vida exterior, que si sois dominados de ella, ella os conducirá á la perdición. Si vuestros quehaceres os permiten considerar interiormente á Nuestro Señor, seguid adelante, que estáis en buen camino. Si en medio de vuestras obras vuestros pensamientos se dirigen á Dios; si sabéis prevenir la sequedad, el vacío del corazón, si salís cansado y con tedio de vuestras obras exteriores, pero sintiendo gran paz en el fondo de vuestra alma, entonces todo va bien: sois libres y señores en vuestra propia casa, bajo las miradas de Dios.

Cuando los Apóstoles volvieron triunfantes después de haber predicado, de haber sanado á los enfermos y de haber obrado todo género de milagros, mirad la recompensa que el Señor les dió: «Venid y descansad á solas.» *Venite, et requiescite seorsum.*» Es decir: «Mucho habéis gastado, venid á reparar las pérdidas.»

Después de Pentecostés, los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, estaban poseídos de inmenso celo: todo les parecía poco. Este celo es la señal de las almas generosas. Cuando están al frente de alguna obra, todo lo quieren abarcar, nunca les parece haber hecho bastante, cuando todavía queda algo por hacer. Así habiendo Moisés reunido en su persona los cargos de caudillo de Israel, de juez y de representante del pueblo en la presencia de Dios, el Señor le mandó compartir su trabajo con otros ancianos. Así, aun los mismos Apóstoles servían á los pobres, dirimían las diferencias, predicaban y bautizaban á las muchedumbres. Pero no se les ocurrió siquiera que dedicando parte del tiempo á la predica-

ción y otra parte al servicio del prójimo, no les quedara ninguno para hacer oración. Esto nos sucede á todos: cuando estamos sobrecargados de trabajo, podríamos pedir auxilio, pero no pensamos en ello: sentimos necesidad de hacerlo todo nosotros. Esta conducta es imprudente: nos quitamos la vida, y no por eso van mejor las cosas: pero nos arrebató este deseo de obrar y de afanarnos.

Mas Pedro, que tenía una luz especial superior á la de los demás Apóstoles, dijo un día: «No conviene que nosotros lo hagamos todo, pues no nos queda tiempo de orar. Elijamos diáconos que sirvan á los pobres, y compartamos nosotros el tiempo entre la predicación y la oración. *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus.* ¿Quién podrá tenerse por más santo y más lleno del Espíritu divino que los Apóstoles? ¡Pobres de nosotros, pigmeos en la vida espiritual! ¿No es verdad que deberíamos orar constantemente de día y de noche?

La virtud que no viene de lo interior á lo exterior, no es verdadera virtud. La virtud empieza en los pensamientos, en los afectos, en la oración. Durante el invierno la espiga se halla en el grano de trigo, debajo de la tierra: el calor y la humedad combinados hacen germinar el grano y madurar el fruto. Pues así la virtud es un grano sembrado en vuestra alma, y sólo le haréis germinar mediante la oración, la vida interior y el sacrificio. El reino de Dios está dentro de vosotros. Jamás será sólida vuestra virtud exterior si no es antes virtud interior.

¿Y no veis que Dios empieza siempre su obra en lo interior del hombre? ¿No sentís las tentaciones interiores? Pues esto es que Dios prepara vuestro corazón para echar en él la semilla. Violentas tem-

pestades combatirán el frágil tallo de vuestra virtud naciente para que su tallo extienda en la tierra sus raíces. Esta es la obra de Dios. Cuando hacéis alguna cosa trabajosa, no son vuestras manos, no es vuestro cuerpo quien se rebela, sino vuestro corazón y vuestra voluntad, que son muy débiles.

Por esta razón no poseeréis virtudes que no empien por ser virtudes interiores, que no reciban su vida de la parte interior. Si queréis, pues, conocer el grado de virtud de algún alma, conoced el grado de su vida interior.

Este pensamiento debería ser la regla de vuestra vida. Cuando forméis el propósito de practicar alguna virtud, resolvéis á practicarla interiormente; esto es, empezad practicándola en la oración, habituándoos interiormente á ella, y pidiéndosela á Dios. De esta suerte llegaréis á practicarla con actos exteriores.

Este es el orden que sigue Nuestro Señor en la Eucaristía. ¿Por qué razón entra Jesús dentro de nosotros en ella? Sin duda viene á visitarnos; pero como permanece en nosotros, algo más hará en nuestra alma. Viene á sembrar y cultivar en nosotros sus virtudes, á formarse Él mismo, á formarnos conforme á sí. Viene á educarnos en su vida divina, de suerte que crezca en nosotros al mismo tiempo que nosotros crecemos en Él, hasta que lleguemos á la plenitud del hombre perfecto, que es el mismo Jesucristo.

Considerad el estado de Jesús en el Santísimo Sacramento. ¿Le veis por ventura allí? Sin embargo, allí está; pero su vida exterior sólo la ven los ángeles. Nosotros nada vemos, pero creemos que allí viene, como creemos que el sol está en el horizonte,

aunque las nubes nos le oculten, como creemos en la acción de la naturaleza, aunque ignoramos del todo como obra. Esto nos prueba que no todo consiste en la vida exterior, y que hay además una vida invisible, interior, pero muy real y verdadera.

En la Comunión pedís, pues, á Nuestro Señor vivir en Él, y que Él viva en vosotros. Todo esto es cosa interior. La mayor parte de los cristianos hacen esta petición: comulgan, pero su espíritu, su intención, su voluntad, todo se dirige á las obras exteriores, y Jesús no halla en ellas á nadie con quien conversar.

En suma, el poder de la virtud está en la vida interior: sin vida interior no hay virtud, á menos que Dios obre un milagro.

Diréis acaso que, según esto, la salud es cosa muy difícil. Pero yo no me dirijo á las personas que se contentan con cumplir estrictamente los preceptos: estas personas conocen sus deberes y saben, por la rectitud de su conciencia, dónde está el bien y dónde el mal: el corto número de obligaciones los salva.

Pero si queréis vivir vida piadosa, si queréis vivir en la intimidad del divino Maestro, una vida superior á la vida ordinaria, estáis obligados á más. Si os eleváis en dignidad, creced también en virtud: vuestras obligaciones son más numerosas; el Salvador, que os ama con predilección y que os concede mayores gracias, exige más de vosotros.

Guardaos, pues, de la rutina, que es muy fácil dar en ella cuando la vida sigue un curso regular, cuando nuestras obras exteriores son buenas; renovad á menudo la intención, conservad húmeda la raíz, si queréis que el árbol produzca frutos saludables.

